

PAOLO ROVERSI

LOS ADICTOS



Rebecca Stark es una brillante psiquiatra de Londres que ha desarrollado un innovador sistema para sanar a los pacientes de sus obsesiones.

El método Stark es tan efectivo que uno de sus pacientes, el magnate ruso Grigori Ivánov, decide confiar a Rebecca la gestión de Sunrise, la primera de una serie de clínicas de vanguardia repartidas por todo el mundo que ayudan a las personas a curarse de cualquier adicción. El primer centro se abre en Italia, en Puglia, dentro de una antigua casa de campo restaurada, rodeada de campos y olivos. Un lugar perfecto para recibir pacientes que, como parte integral del tratamiento, tendrán que trabajar, cocinar y dedicarse a otras tareas domésticas, viviendo pues en una comunidad aislada, con plena privacidad.

De entre los centenares de solicitudes que llegan para entrar en Sunrise, son seleccionados siete candidatos de diferentes países: Lena Weber, Jian Chow, Rosa Bernasconi, Claudio Carrara, Julie Arnaud, Tim Parker y Jessica de Groot.

Al principio de la terapia todo parece ir de la mejor manera posible, pero pronto algunos pacientes desaparecen misteriosamente. Así empieza un juego macabro que acabará con un desenlace sorprendente.

Índice de contenido

Cubierta

Los adictos

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Sobre el autor

Para Max,
que ha visto nacer y crecer esta historia.
Este libro es para ti, amigo mío,
dondequiera que estés ahora.

*Last thing I remember, I was
Running for the door.
I had to find the passage back to the place I was before.
«Relax» said the night man,
«We are programmed to receive.
You can check out any time you like,
But you can never leave!»*

EAGLES, Hotel California

** * **

*If your day is gone
and you want to ride on
Cocaine
Don't forget this fact
You can't get it back
Cocaine
She don't lie, she don't lie, she don't lie
Cocaine.*

ERIC CLAPTON, Cocaine

ADICTO, TA: adj. Dicho de una persona: que tiene adicción a algo o alguien, siendo la adicción una dependencia de sustancias o actividades nocivas para la salud o el equilibrio psíquico.

Prólogo

Offenburg (Alemania), 1994

Al comisario Jürgen Fischer el nombre no le había parecido nunca tan apropiado como aquella Nochebuena: Selva Negra. Se refería al inmenso bosque que rodeaba y deglutía, con sus imponentes abetos, aldeas y caminos de la región de Baden-Wurtemberg, una zona que se extiende, de norte a sur, a lo largo de cientos de kilómetros. Obviamente, el origen de aquel apelativo se debía a la densísima vegetación aunque, en aquel momento, el color predominante del paisaje era el blanco.

Hacía horas que era noche cerrada y la nieve no había dejado de caer desde la mañana.

Las pesadas botas de Fischer se hundían hasta los tobillos haciéndole difícil avanzar. Acompañando al comisario iba Conrad Berger, un guía experto que, pese a conocer el lugar como la palma de su mano, despotricaba debatiéndose por encontrar la dirección correcta. Fischer recordaba haber leído en una de las publicaciones para turistas a la venta en todas las librerías de Friburgo a Stuttgart que por allí había más de veinte kilómetros de senderos para excursionistas: un auténtico laberinto, teniendo en cuenta las actuales condiciones atmosféricas. Por no hablar de que, con aquella oscuridad y con los copos de nieve cayendo densos, parecía que estuviesen caminando por una landa remota de Alaska más que por un paraíso de amenos paseos en el corazón de Alemania.

Para hacer honor a la verdad, aquella zona no era ni siquiera competencia suya, pero los colegas de Friburgo, ya bajo mínimos debido a las vacaciones, habían quedado aislados por la nevada y le había tocado a él bailar con la más fea. La llamada había llegado cuando se encontraba a medio camino entre Baden Baden y Offenburg, donde vivía su hermana Adelmute. Como cada año, se dirigía a su casa para pasar las fiestas.

Sus superiores no tenían la más mínima duda de que aceptaría: Fischer no estaba casado ni tenía hijos, así que el espíritu navideño no lo contagiaba y no tenía ningún problema en trabajar ni siquiera en Nochebuena.

—Jürgen, hay que hacer una comprobación de rutina. Y, visto que vas de camino a Offenburg, eres el que más cerca está... Te acompañará un guía experto para que no te pierdas en el bosque.

Aunque no se había podido negar, comenzaba ya a arrepentirse.

La tormenta de nieve no daba señales de amainar y el rastro luminoso que había dejado en el cielo la bengala que había desencadenado todo aquello hacía ya un rato que se había extinguido. Por suerte, Berger y los muchachos del rescate de montaña habían tenido tiempo de calcular con cierta aproximación el punto exacto desde el que se había disparado aquel haz, y ahora Fischer y el guía se dirigían hacia allí.

No sabían qué les esperaba. Podía tratarse de cualquier cosa: una indisposición, en cuyo caso Conrad se encargaría de estabilizar al paciente gracias a su cualificación, a la espera del rescate. Si, en cambio, había sucedido algo más, bueno, Fischer estaba allí, con su placa y su pistola, precisamente para eso...

Disparar una bengala de socorro, del tipo usado en el mar por las embarcaciones en dificultades, era una práctica bastante común en aquella zona para situaciones de emergencia. Por ejemplo, si las líneas telefónicas no funcionaban

o, lo que era más realista, si los habitantes de las cabañas esparcidas por el bosque no tenían siquiera teléfono. Varias familias vivían en el corazón salvaje de la Selva Negra y quizás en aquel momento alguna estaba en apuros.

Los dos hombres avanzaban despacio entre los troncos de altos árboles y un manto blanco que no dejaba de engordar. El guía llevaba en la mano derecha una brújula y buscaba el mejor recorrido para llegar al punto calculado. En la izquierda empuñaba una linternita con la que iluminaba la nieve ante ellos.

Estaban siguiendo lo que, en condiciones normales, debía de ser un sendero de tierra, pero que, en aquella situación, era un trayecto arduo.

Fischer se preguntó si estarían, de verdad, avanzando en la dirección correcta. Y a la búsqueda... ¿de qué? No estaba claro. Habían transcurrido ya cuatro horas desde la señal de socorro, una eternidad si quien había pedido ayuda estaba en peligro de muerte...

Tras otras dos horas de esfuerzo, llegaron por fin a su destino. Berger echó un vistazo rápido y se volvió asustado hacia el comisario señalando algo ante él. La débil luz de su linterna iluminó una mancha roja en la nieve. A primera vista, parecía un animal herido. En la Selva Negra eran frecuentes escenas así: cazadores y cazados empeñados en la eterna lucha por la supervivencia. Podía tratarse de un ciervo o de un corzo atacado por lobos. Fischer se acercó otro paso: la víctima no tenía ni patas ni pezuñas, sino un par de robustas botas con suela antideslizante.

La nieve dejó de caer de pronto. Solo entonces el policía se dio cuenta del gran silencio piadoso que lo rodeaba. Ante sus ojos se abría un pequeño claro delimitado por la espesura del bosque, un círculo perfecto en medio de los abetos. En el centro del escenario, aquel inquietante charco rojo.

El guía encendió los focos que llevaba en la mochila, y entonces Fischer pudo ver aquel horror que sería incapaz

de olvidar durante el resto de su vida...

1

Ginebra (Suiza), actualidad

Rebecca Stark observaba fascinada el chorro de agua que se alzaba potente hacia el cielo desde el centro del lago Lemán. Aquella mañana de finales de abril era como si estuviese viviendo un sueño: un jet privado había volado expresamente a Londres para llevarla a la cita. Había embarcado en el London City Airport bajo la lluvia y desembarcado en Suiza, donde la había recibido un templado día de sol.

Ahora estaba sentada en un sillón de diseño, en un lujoso despacho de grandes ventanales. Frente a ella, al otro lado de un escritorio con la superficie de cristal, se encontraba Grigori Ivánov, un magnate ruso del petróleo al que había conocido hacía casi un año, cuando lo había tenido como paciente.

Ivánov era un hombre alto y elegante, de unos sesenta años, con ojos grises y el cabello del mismo color, muy corto. Llevaba un traje oscuro sin corbata y un reloj de oro, adquirido, casi seguro, en una de las muchas joyerías de la ciudad. Mientras lo escuchaba, Rebecca había vuelto a las semanas —ocho en total— durante las que su interlocutor había estado a su cuidado. Entonces, el ruso no había mostrado ni rastro de la seguridad y la determinación de la que hacía gala ahora.

Cuando lo había conocido en su consulta de Kensington, se había encontrado con un hombre de rostro dema-

crado, mirada huidiza y expresión apagada, físicamente debilitado por las malas costumbres.

Solo en aquel momento se dio cuenta Rebecca de que Ivánov le había hecho una pregunta.

—¿Perdone?

—He dicho que se estará planteando el por qué he querido verla con tanta urgencia...

La mujer no respondió. Se limitó a inclinar levemente la cabeza.

—Como sabe, soy muy rico y presumo de ser también un discreto hombre de negocios. Pero, para lo que tengo en mente, no pienso en los beneficios. Al menos, no en los inmediatos, porque todo se hace por interés propio, ¿verdad? Seré directo, doctora: quiero que proporcione a otros la ayuda que me prestó a mí. Mi deseo es que su método beneficie y cure a todas las personas posibles, a cambio de una compensación justa, por supuesto.

Rebecca lo miró interrogativa, como un jugador de ajedrez observaría a su contrincante en espera de su siguiente movimiento.

—Le estoy proponiendo que trabaje para mí. ¿Le interesa?

Ella volvió a mirarlo desafiante, aunque en el fondo admirada. ¿Podía fiarse de él?

Según el historial médico que ella misma había redactado, sí: estaba perfectamente curado. Hacía ya ocho meses que no se producían recaídas y, a ojos vista, el magnate era el vivo retrato de la salud. Por desgracia, y también esto lo había aprendido con los años, a menudo las apariencias engañan. Especialmente en el caso de enfermedades como las que ella trataba en su consulta, en las que los pacientes se convierten en hábiles impostores y hacen de la mentira un arte para ocultar su perturbación a los demás.

Ivánov se puso en pie y Rebecca sintió que debía hacer lo mismo. Se acercaron al resplandeciente ventanal calentado por los rayos de sol.

—Su método es fantástico, doctora. ¡Usted es fantástica! Por eso he decidido invertir.

Rebecca no sabía si sentirse halagada o asustada.

Durante todo el viaje en avión se había estado preguntando por qué la convocaba el ruso con tanta urgencia. La había llamado por teléfono la noche anterior y había insistido hasta que había cedido y aceptado reunirse con él. Se había visto obligada a retrasar muchas citas, pero Ivánov le había asegurado que le pagaría cinco mil libras esterlinas solo por la molestia. El hombre no había reparado en gastos: una limusina había pasado a recogerla ante el portal de su edificio en Allen Street. Muchos transeúntes se habían acercado curiosos y algunos habían hecho incluso fotos con el móvil tomándola por quién sabe qué famosa. Sonrojada por la vergüenza, había subido al vehículo, y el chófer había cerrado la puerta con una pequeña reverencia. El coche la había llevado hasta el aeropuerto, donde la esperaba un Piper con los motores ya en marcha. Ante semejante urgencia, las suposiciones más disparatadas se habían amontonado en la mente de Rebecca; la que creía más plausible era una recaída fulminante de Ivánov, que necesitaría consejo médico inmediato de su expsiquiatra. Caprichos de ese estilo son típicos de las personas muy acaudaladas que piensan que todo tiene arreglo y se soluciona con dinero.

Ahora, en cambio, estaba desorientada. Encontrarse con un expaciente en espléndida forma, que le hacía además una propuesta de trabajo, la había descolocado por completo. Intentó ganar tiempo para entender de qué se trataba.

—¿Invertir en mí?

—Exacto. ¿Sabe?, tengo que felicitarla de verdad, doctora Stark: no pensaba que pudiese funcionar y, sin embargo, ¡míreme!

Lo observó. Ivánov continuaba sonriendo como los vendedores de la teletienda y aquello no era en modo alguno un comportamiento habitual en él: durante su tratamiento no lo había hecho nunca. Rebecca había tratado siempre con un hombre de pésimo humor y bastante recalcitrante en el cumplimiento de sus instrucciones. Al final, no obstante, con paciencia y dedicación, había conseguido ponerlo de su parte, y lo había convencido de que se fiase de ella y de sus métodos. Y consiguió curarlo. O, por lo menos, devolverle cierta estabilidad, puesto que muchas patologías no desaparecen nunca. Como había explicado en numerosas ocasiones, el método Stark era eficaz para tenerlas bajo control, no para eliminarlas del todo; lo mismo que sucede con un exalcohólico que tiene que mantenerse permanentemente lejos de la bebida...

—Es cierto, no lo había visto nunca tan bien —concedió.

—Me siento lleno de energía y de ideas, ¿sabe? Aunque debo confesarle que, por lo general, no soy propenso a fiarme de personas tan jóvenes como usted para jugarme una cantidad tan elevada...

Rebecca sonrió.

—Joven, pero ¡con experiencia! Como sabe, tengo treinta y ocho años, quince de los cuales los he dedicado a estudiar y trabajar precisamente en casos como el suyo.

Ivánov asintió.

—Estoy muy satisfecha de los resultados obtenidos —continuó la psiquiatra mirándolo a los ojos— y es posible que usted sea mi logro más notable.

—¿Eso quiere decir que acepta?

—Antes tiene que explicarme mejor los detalles, si no le importa.

—Por supuesto.

El ruso sacó del bolsillo de la chaqueta un pequeño mando a distancia. Pulsó un botón y la sala comenzó a transformarse ante ellos: los ventanales se oscurecieron con